



Pound, James Pound

Ignacio Sardinás Sánchez y María Luisa Santiesteban Corral

Alan MacGill salió dando tumbos del pub, ya no sabía la cantidad de alcohol que había ingerido, se balanceó de un lado a otro tras cerrar la puerta y a continuación de adelante hacia atrás, consiguiendo finalmente restablecer un precario equilibrio para seguir de pie. Cruzó la calle y se dirigió hacia la orilla del río para despejarse un poco con el húmedo frío de la noche. Sintió de repente una imperiosa necesidad, se acercó a la orilla, abrió la bragueta y perdió el equilibrio. Cayó al agua y como un plo-

mo, tras dar unas brazadas, se fue al fondo; Alan MacGill no sabía nadar y estaba demasiado borracho como para no ahogarse.

La barcaza de la policía estaba parada al lado del cuerpo que flotaba en el río, los espectadores se reunían en la orilla y comentaban si podría ser uno u otro vecino, cuando un bote largo, de color negro, con potentes motores se acercó a la zona. Tras dirigir unas palabras a la embarcación de policía y enseñarles unas credenciales, los marineros de la embarcación sacaron el cuerpo del agua y se perdieron a gran velocidad por el río; sería un espía, dijo uno de entre los especta-

res; *of course*, contestó una señora al lado. Al fondo se veían las humaredas que salían de los escombros producidos por los continuos bombardeos de la aviación nazi sobre Londres.

Un camión militar se acercó al muelle. Descargaron una pesada caja y la subieron al submarino. En medio de la noche, en total silencio, partieron del puerto militar el submarino y un pequeño mercante cuya única tripulación era su capitán, sigilosamente se perdieron en el mar. Dentro del arcón rodeado de bloques de hielo estaba el cuerpo del mayor Alan MacGill, vestido de paisano aunque elegantemente y portando en el bolsillo interior de su chaqueta una pequeña cartera repleta de documentos, aparentemente estratégicos para los británicos, con falsas rutas de convoyes para engañar a los submarinos alemanes y desorientarlos alejándolos de las rutas reales.

James miraba por los cristales de la cafetería hacia el bulevar tras el cual se divisaba la bahía, los barcos se movían por ella, había un poco de viento sur, pero nada agobiante, y más siendo febrero. Pensaba en lo divertida que le había parecido la vida en Santander cuando fue enviado a su primera misión allá por el verano de 1921, con todo aquel montaje de baños en el Sardinero y toda la pompa de la familia real en el Palacio de la Magdalena y lo que acompañaba tal evento, aristócratas, nobles y gente rica dispuesta a gastar para codearse con ellos, hasta había desaparecido el puente que conoció que cruzaba la calle uniendo la puebla vieja y la puebla nueva, pero la ciudad conservaba su red de calles estrechas de edificios de madera con corredores en sus fachadas. La guerra civil y la declarada entre Alemania e Inglaterra daban un aspecto sombrío a todo, y la ciudad ya no era la misma que había conocido. Los nazis bombardeaban Inglaterra todos los días y el mar, en manos de los submarinos alemanes y sus ataques, como manada de lobos, era un sitio realmente inseguro. Mejor era pasar las vicisitudes como agregado cultural del consulado británico, que le permitía llevar una cómoda vida de marchante de arte, tapadera de su labor real como espía.

Hojeó el periódico que tenía abierto en la mesa: el Caudillo y el ministro de Asuntos Exteriores regresan a España tras su entrevista con el Duce, en Montpellier conversaron con el mariscal Pétain. ¡FRANCO, FRANCO, FRANCO!, encabezaba el artículo. No eran buenos tiempos para los enemigos de los nazis, pero una cobertura diplomática permitía ser intocable y moverse con cierta libertad. Trece barcos ingleses hundidos en el Atlántico, en caso de invasión los barcos británicos se refugiarán en puertos norteamericanos. El embajador japonés en Washington, almirante Nomura protagoniza la conferencia más breve que nunca haya desarrollado un embajador recién nombrado, cuatro minutos.

La presión de Alemania sobre Inglaterra, que había ocupado toda Europa Occidental en una serie de operaciones relámpago, era bastante insostenible, pero parecía que los americanos finalmente se implicarían en el conflicto, lo que podía hacer cambiar las tornas. Vio cómo entraba en la cafetería Hans Lazar, empresario alemán multimillonario y coleccionista de arte, por lo que se conocían de vista. Se saludaron con un gesto de la cabeza y observó como Lazar se dirigía hacia la barra donde saludaba en alemán a un hombre de estatura media, grueso, de aspecto sencillo y corriente, con un sombrero: se pusieron a cuchichear entre ellos, James dejó de observarles.

Salió de la cafetería y cruzó la calle para dirigirse al tranvía que le llevaría hasta el Sardinero, donde estaba el hotel en el que se alojaba, tras recorrer el muelle, Puerto Chico y Reina Victoria hasta la plaza de Italia. Se lo pensó mejor y decidió esperar a ver qué hacían los alemanes reunidos en la cafetería. Les siguió, mientras se dirigían hacia la calle de la Ribera, cruzaron a la altura de Correos y siguieron por Atarazanas, allí ascendieron por las escaleras a la calle Puente para torcer a la derecha de la Catedral en dirección a rúa Menor. Tomaron la calle del Infierno hacia Rincón y a media altura se pararon enfrente de un viejo almacén cuya puerta aparecía cerrada con un pesado candado. El hombre del sombrero sacó una llave del bolsillo de su chaqueta y abrió el canda-

do empujando la puerta de madera hacia el fondo invitando a pasar al interior a Lazar, cerraron la puerta tras ellos. Permaneció apostado en las escaleras un buen rato, era la hora de comer y no daban señales de vida en el interior del almacén. Anotó los datos en una pequeña libreta que llevaba encima y descendió hacia Atarazanas para coger el tranvía.

El *HMS Snapper* se acercó a la costa amparado en la absoluta oscuridad que proporcionaba el cielo cubierto de nubes que ocultaban la luna. A un par de millas esperaba el carguero con los motores parados, sin luces y en total silencio. Salió a la superficie bastante cerca de la orilla, desde la cubierta lanzaron un bote neumático y unos cuantos hombres saltaron a su interior llevando entre dos un bulto grande. Remaron hasta la orilla y dejaron el cuerpo en la arena, la marea estaba bajando y alguien encontraría el cuerpo antes de que subiera de nuevo. Volvieron al bote, y regresaron al submarino. Luego, éste se sumergió de nuevo asomando sólo el periscopio en la superficie y alejándose de la costa.

¿Habéis visto eso?, dijo el Chico quedamente, ¡un submarino! Pero esta vez no han cargado nada, al contrario han dejado algo en la orilla, comentó el Asturiano. Bajemos, terció el jefe. Empezaron el camino de descenso hasta la playa por entre los matorrales, caminando medio agachados y parándose cada tramo para comprobar que nadie estaba cerca. Llegaron por fin a la playa y corrieron hacia el bulto dejado en ella, era el cuerpo de un hombre. Se arrodillaron a su alrededor y empezaron a buscar en sus bolsillos, el Madrile sacó una cartera que parecía contener abundantes documentos, encontró los papeles de identificación del cuerpo: mayor Alan MacGill...; es un inglés, les dijo a sus compañeros tras iluminarse brevemente con la linterna para poder leer el texto. Arrastraron el cuerpo hasta el cauce de la ría que bordeaba la playa y lo lanzaron al mismo, el cuerpo flotó en dirección de vuelta al mar del que había venido.

Subían de nuevo por el acantilado cuando vieron la llamarada de un estallido en el mar, pensaron que sería el submarino que había chocado

con alguna mina flotante y apuraron el paso para salir de la zona antes de que apareciese algún curioso, atraído por el sonido de la explosión que se había producido en el mar o en busca de raque. Se dirigieron a la casa franca donde estaban escondidos para analizar con detenimiento los documentos que habían encontrado. En todo caso, material de interés para los británicos en guerra con los nazis, lo cual podía ser muy interesante.

El sacerdote salió discretamente del portal en la calle Santa Lucía, descendió por Arrabal y Arcillero, cruzó la Blanca, atravesó la plaza de Velarde y giró por la calle Cádiz en dirección a la estación del Norte. Sacó un billete para Pesués y se dirigió al tren, cuya máquina de vapor resoplaba en la estación. Se acomodó en su asiento y abrió un pequeño libro en el que se concentró absorto sin mirar al resto del vagón. Un cura sentado leyendo un libro piadoso no solía levantar sospechas. A la altura de Serdio bajó discretamente del tren en marcha aprovechando su poca velocidad, tomó un camino de tierra y se dirigió hacia el caserío situado en una colina próxima al pueblo donde había sido convocado mediante una nota manuscrita, que le habían hecho llegar a través de Rafael El Ferroviario. Una mujer le abrió la puerta de la casa, sentado a la entrada estaba un chaval de unos doce años que canturreaba en voz baja mientras tallaba un caballo de madera con su navaja.

En el interior, cuatro hombres estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, sobre la misma descansaban unos subfusiles Sten, al cinto llevaban cartucheras por las que asomaban las culatas de unas pistolas Astra. El que parecía el jefe del grupo se levantó y saludó al recién llegado, ¿no podías escoger otro disfraz para la ocasión? le dijo; el sacerdote le contestó: ¿sabes de alguno que levante menos sospechas?; también es verdad terció el otro. Ambos se sentaron a la mesa, mientras el que se había levantado a saludar al recién llegado le señalaba una cartera de piel de color marrón que estaba sobre la misma. Mira lo que nos echó el mar el otro día, dijo, abriendo la cartera para mostrarle el contenido

de su interior. Era un montón de papeles doblados, tenían textos mecanografiados y estaba todo en inglés, a continuación le mostró la documentación que habían cogido del cuerpo encontrado en la playa. Un oficial británico, y documentación estratégica es lo que parece. El sacerdote ojeó los papeles mientras trataba de comprender el significado de los datos que en ellos aparecían, puerto de salida, fecha, destino... eran rutas de los convoyes británicos, algo que en manos de los alemanes podía hacer mucho daño a los británicos y que éstos sin duda agradecerían que les fueran devueltos.

El cura se despidió de los reunidos, salud y república, y tras darle un fuerte y cariñoso abrazo al que parecía el jefe, salió de la casa. Se encaminó hacia la estación de Pesués para tomar el tren de vuelta a Santander. Una vez de nuevo en la ciudad, deshizo el camino que había hecho por la mañana y ascendió por las escaleras de la casa hasta llegar a la buhardilla donde se refugiaba; allí, con parsimonia se quitó la ropa de sacerdote, se sacó del cinto la pistola que llevaba y, tras dejarla en la mesa junto con la cartera repleta de documentos, abrió la puerta del armario y procedió a colgar cuidadosamente de un perchero el disfraz, que colgó junto a los otros que allí tenía. James hojeaba el periódico sin prestarle demasiada atención, desde el salón del hotel podía ver el Sardinero, la plaza de Italia y el Casino con sólo levantar la vista. Un botones se acercó hasta él, señor Pound, tiene una llamada telefónica. Le extrañó que alguien pudiera llamarle tan temprano por la mañana, pues no estaba entre sus costumbres madrugar demasiado y hacía muy poco que había terminado de desayunar. Tengo una información que le puede interesar, dijo la voz al otro lado del teléfono. El que fuese que llamase, sabía de las actividades presuntamente ocultas de James, lo cual le sorprendió convencido como estaba de la seguridad de su tapadera. ¿Es alguna obra de arte que pudiera interesarme?, dijo; la voz le contestó, seguro que le interesa tanto como a los alemanes; bien, contestó James, ¿cómo nos vemos? Acuda a la plaza de toros y allí le darán instrucciones. De acuerdo, dijo mientras oía

cómo colgaban el teléfono al otro lado de la línea. Menuda perspectiva, irse hasta la otra punta de la ciudad de buena mañana.

Salió a la plaza de Italia y cogió el tranvía en dirección a Valdecilla, apeándose a la altura de Cuatro Caminos para descender por Jerónimo Sáinz de la Maza hasta la plaza de toros. Dio casi una vuelta entera alrededor, se le acercó un paisano, ¿tiene hora? le preguntó, cuando James hizo intención de mirar el reloj, le dijo en voz baja: vaya hasta la plaza de la Esperanza, allí le dirán a dónde tiene que dirigirse, y en tono más elevado continuó, gracias, como si realmente le hubiera dicho la hora, tras lo cual se dio la vuelta marchando hacia Valdecilla. Subió de nuevo James hacia Cuatro Caminos para deshacer parte de la ruta y volver hacia el centro.

A la altura de Becedo se apeó para subir hacia la plaza por la calle Esperanza, bordeó el edificio del mercado hasta llegar a la plaza, se detuvo para observar con calma en busca de su contacto. Cuando se dirigía hacia la parada de los autobuses de línea se le acercó una señora ataviada como las pescaderas con su pañuelo negro sobre la cabeza y un gran delantal. Se puso a su lado y mirando hacia la puerta del mercado le dijo como si no hablase con él, vaya hasta Puerto Chico, y siga las instrucciones, acto seguido se dio la vuelta y marchó con el mismo sigilo con que había aparecido a su lado.

Cuando llegó a Puerto Chico, sólo vio a un grupo de mujeres reparando redes, pero ninguna pareció prestarle atención. Caminó hacia la gasolinera con calma, mirando las barcas y el oleaje que el viento sur estaba formando en la bahía; a él le resultaba agradable, pero a los habitantes de la ciudad parecía afectarles para mal cada vez que soplaban de aquella dirección. Se plantó al lado de la gasolinera a la espera de que alguien se le acercase, pero pasaron los minutos y no aparecía nadie. A lo lejos vio a un cura que caminaba concentrado en la lectura de un pequeño libro, cuando pasó a su lado, le oyó susurrar, diríjase a Piquío, tras lo cual el sacerdote siguió su camino como si no hubiera dicho nada. Al final acabaría volviendo al punto de partida, tras recorrer la ciu-

dad de una punta a otra. Empezaba a sentir algo de hambre tras tantas vueltas por la ciudad y ya empezaba a estar harto de subir y bajar de los tranvías y pagar billetes; al final, pensó, la información podía valer menos que el transporte para conseguirla.

Por fin en Piquío se sentó en un banco contemplando la primera playa del Sardinero, en eso estaba cuando a su lado se sentó un militar que vestía su uniforme de paseo, le miró discretamente por el rabillo del ojo, para su desconcierto comprobó que era idéntico de cara y complexión al cura que había visto en Puerto Chico; hablemos, dijo el militar sin mirarle.

James subió por la Cuesta del Hospital y giró a la izquierda por rúa Menor para bajar a la calle Rincón procurando moverse en las sombras para pasar inadvertido, allí enfiló por las escaleras hacia la calle Infierno hasta llegar a la puerta donde con anterioridad había observado meterse al grupo de alemanes, tras comprobar que nadie le seguía. Sacó la ganzúa y forzó el candado entrando en el sucio almacén. Tras palpar la pared al lado de la puerta encontró un interruptor giratorio y encendió la pequeña bombilla que era toda la iluminación disponible. Por todos lados se veían amontonados papeles y periódicos viejos, cajas de madera y cartones, la suciedad dominaba el escenario. Miró al suelo y comprobó que las huellas que había en el polvo se dirigían hacia una de las paredes del infecto local. Apartó cartones y maderas que allí había amontonados y descubrió una trampilla en el suelo con una argolla en el centro de la misma. Tiró de ella y vio unas escaleras que descendían perdiéndose en la oscuridad más profunda, sacó de su bolsillo la linterna y sin dudarle descendió por las mismas.

La escalera de caracol bajaba a bastante profundidad, calculó que debía de estar por debajo del nivel de Becedo y Atarazanas; cuando llegó al final de los escalones, se encontró en un túnel de piedra con aspecto de ser bastante antiguo, el túnel desde allí se dividía en dos ramales en direcciones opuestas, iluminó el suelo y eso le bastó para ver la dirección de las huellas, decidió seguir la ruta de las mismas. El nivel del túnel se

mantenía horizontal y era bastante largo, procuró no hacer ruido mientras avanzaba. Al cabo de un rato, tras dar una curva en su trazado, empezó a oír unas voces que conversaban, se detuvo y trató de escuchar, pero el sonido llegaba desde demasiada distancia como para poder entender la conversación, notó que algunas frases parecían ser dichas en alemán. Pensó que no había sido una buena idea llevar encima la cartera con los documentos que le habían pasado aquel mismo día, pero ya era un poco tarde para arreglarlo. Siguió avanzando hasta encontrar otras escaleras que ascendían hasta una puerta metálica entornada a través de la cual entraba luz. Tras comprobar que podía colarse sin necesidad de moverla más, se introdujo en la amplia sala a la que daba la misma.

Era un gigantesco sótano en el que se veían cajas apiladas por todas partes, se escondió detrás de una pila cercana a la puerta y observó la reunión que allí se estaba desarrollando. Alrededor de una mesa central pudo ver de pie a Hans Lazar y su acompañante de aquella mañana y pudo ver también a Paul Winzer, el jefe de la Gestapo en Madrid, que parecía ser la máxima autoridad de los allí reunidos; junto a ellos se hallaba un hombre moreno, vestido con una camisa negra, de labios gruesos y con un fino bigote, repeinado con abundante gomina, en un momento de la conversación oyó cómo se dirigían a él tratándole de señor Alcázar. Hablaban del abastecimiento a los submarinos alemanes desde la costa y de cómo hacer llegar los suministros a los mismos con la mayor discreción posible, al parecer lo allí almacenado estaba destinado a ese fin.

Sintió el frío cañón de una pistola en su nuca mientras una voz femenina le susurraba, levántese y no haga ningún movimiento o me verá obligada a dispararle, mis amigos seguro que están interesados en conocerle. Obedeció y caminó hacia la mesa, mientras sentía ahora el arma apoyada en sus riñones. Los reunidos se giraron y miraron al intruso sorprendidos, el tal Alcázar dijo: a ver qué pieza has cazado, Clarita. Rápidamente le desarmaron y tras cachearle encontraron la documentación que llevaba encima. Es un

diplomático inglés, dijo Winzer a los reunidos tras ojear la documentación de James, deberíamos liquidarle, esto es nuestro, dijo entregándole a la mujer la cartera que contenía los documentos. No me parece prudente, terció la joven que le encañonaba aún, a lo que apostilló el tal Alcázar: tiene razón la señorita Stauffer, no nos conviene, nosotros no estamos en conflicto con ellos y yo parto en unos días para Inglaterra, mejor lo dejamos aquí abajo atado y si alguien lo encuentra mejor para él, de todos modos ya sabe que lo tenemos identificado y con lo que pueda haber oído de lo que hemos hablado no puede haberse enterado de nada que no supieran ya los británicos. Lo ataron y amordazaron, y en eso estaban cuando sonaron unas voces procedentes de la escalera: ¿Hay alguien ahí? ¡Alto a la autoridad! Corrieron todos hacia otra puerta situada en el extremo opuesto de la gran sala y desaparecieron por ella, tras darle un buen golpe en la cabeza a James con la culata de la pistola Mauser, lo que le dejó sin conocimiento.

Cuando abrió los ojos, vio a un hombre con unas gafas redondas y una barba muy arreglada que le trataba de reanimar dándole unas pequeñas bofetadas. Venga, despierte, amigo, oyó que le decía en español su rescatador. Se puso en pie y emprendieron el camino por la misma puerta que habían accedido hasta el gran almacén, deshicieron lo andado anteriormente pero esta vez al llegar a las escaleras de caracol por las que había bajado, el hombre continuó por el otro pasadizo que había visto al bajar al túnel, caminaron un rato por él iluminándose con las linternas y finalmente llegaron a otras escaleras que ascendían. Para asombro del inglés, aparecieron en el interior de la catedral a través de una portezuela situada dentro del altar de una capilla lateral de la medieval Cripta del Cristo. Gracias, dijo James a su salvador, mi nombre es James, James Pound; el otro le contestó: a mí puede llamarme Garbo, amigo, con eso basta. Le explicó que el pasadizo comunicaba la catedral con el enorme almacén situado bajo el mercado de la Esperanza, el cual posiblemente existiera ya desde la Edad Media cuando en aquel lugar se encontraba el antiguo

convento de San Francisco sobre el que se habían levantado la plaza y el mercado. Antes de separarse, le entregó un pequeño trozo de papel con el nombre de un hotel y un número de habitación. Si quiere recuperar sus documentos, los encontrará aquí seguramente, y desapareció entre las sombras.

James se dirigió hacia su alojamiento andando para tratar de despejarse del dolor de cabeza que persistía tras el golpe sufrido; cuando llegó, empezaba a amanecer y seguía soplando un persistente viento sur.

El imponente hotel se alzaba en lo alto disfrutando desde su posición de unas espléndidas vistas de la bahía de Santander, James se aproximó discretamente y esperó con paciencia hasta que vio a la señorita Stauffer dirigirse a su potente vehículo y alejarse en dirección al Sardinero, acompañada del alemán grueso y bajito del sombrero. Logró entrar en el hotel, pasando inadvertido y subió hasta la habitación que le había indicado su salvador aquella madrugada, no tuvo problemas para abrir la puerta con su ganzúa y entrar en la misma. Ni le fue difícil encontrar la cartera con los documentos en el cajón del escritorio, pegada ingenuamente a la parte superior del mismo; no es muy cuidadosa la señorita Stauffer, se dijo. Con el mismo sigilo que había llegado, salió directamente por la recepción sin que le prestasen mayor atención, dado su cuidado aspecto que le hacía pasar inadvertido allí. Bajó andando hasta Reina Victoria y allí tomó un tranvía en dirección al centro. Se apeó en la plaza de Velarde y enfiló hacia la calle Cádiz, donde tenía el piso franco. En ningún momento se dio cuenta del vehículo que conducido por Alcázar seguía discretamente al tranvía en su recorrido. Para entonces el viento sur ya arreciaba y era difícil hasta poder caminar por las calles de Santander.

Subió las escaleras del portal número 15 de la calle Cádiz hasta la buhardilla que tenía por refugio de emergencia, estaba comprobando los documentos de la cartera que tantas vueltas había dado, cuando oyó un ruido al otro lado de la puerta. Rápidamente tiró los papeles a un cubo metálico y tras rociarlos con algo de gasolina les lanzó una

cerilla a fin de destruirlos antes de que volvieran a las manos de los alemanes, una llamarada salió del cubo a la vez que la puerta se abría violentamente, empujada por una patada de Alcázar. Éste se lanzó al interior tratando de llegar hasta los documentos en llamas, pero James se interpuso propinándole un puñetazo en la mandíbula, Alcázar pareció encajarlo bien y le devolvió el golpe con otro puñetazo en la cara que le partió el labio superior, del que empezó a manar abundante sangre. Se agarraron mutuamente mientras se propinaban golpes, pero sin llegar ninguno de los dos a poder con el otro, en un momento de la pelea, el cubo fue volcado por el pie de uno de los contendientes y el contenido se dispersó por el suelo yendo un trozo hasta el pie de las cortinas que cubrían el ventanuco de la buhardilla, las cuales empezaron a arder casi al momento. Las llamas treparon por las cortinas hasta el techo y de allí empezaron a esparcirse en todas las direcciones.

James miró con el rabillo del ojo hacia el fuego y ese descuido fue aprovechado por Alcázar para propinarle un brutal cabezazo en la nariz que le tiró al suelo; viendo que ya no podía hacer nada para recuperar los documentos, se dio la vuelta con rapidez y emprendió la huída hacia las escaleras. Cuando se recuperó, James vio que las llamas se habían extendido por toda la habitación y comprendió que debía salir de allí cuanto antes.

Se incorporó y siguió el mismo camino que su agresor corriendo escaleras abajo, mientras gritaba: ¡fuego, fuego! Salió a la calle, el viento sur se había convertido ya de vendaval en un auténtico temporal, corrió huyendo de la zona. Cuando por fin llegó al Sardinero, empezaban a sonar numerosas sirenas de barcos y se veía el cielo iluminado por las llamas en dirección al centro de la ciudad, comenzó a anotar en su libreta: Santander, 15 de febrero de 1941.

El cuerpo del falso mayor Alan MacGill flotaba en las aguas del Cantábrico entre las olas, arrastrado por la corriente en dirección a Gran Sol. La primera Operación Mincemeat había fracasado.

Nota de los autores

La historia de este relato transcurre entre los días 13 y 15 de febrero de 1941. Todos los personajes existieron y pudieron estar allí, menos el protagonista y el señuelo; el submarino también se perdió en la zona en las fechas y las calles también existieron, aunque el pasadizo evidentemente es pura ficción..., ¿o no?

P.D. Del incendio del 41 sobrevivió... ¡el Mercado de la Esperanza!

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de la Esperanza**.